Narco 14.4

Gonzalo Sanz

Primera edición, marzo de 2017
© Gonzalo Sanz, 2017

Diseño de portada: Rodchenko
Corrección: Angela Jiménez

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Dante Aligheri, 123
08032 Barcelona
www.avanteditorial.com
editores@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Este libro ha sido impreso siguiendo las normativas:
UNE — EN — ISO — 14001 de gestión ambiental
UNE — EN — ISO — 9001 de gestión de calidad
ISBN: 978-84-16864-35-5
IBIC: FF
Depósito legal: M-43378-201

Imprime Podiprint
Impreso en la Unión Europea

Narco 14.4

Gonzalo Sanz

avant
editorial

1

La noche en la que María Salazar Desmarais desapareció, el calor arrancaba del suelo olor a orín y cerveza agriada. Corría la madrugada entre el ocho y el nueve de julio de 1982. Aquella tarde se había jugado en Sevilla la semifinal del campeonato del mundo de fútbol. El Sánchez–Pizjuán acogía el que sería el encuentro internacional más importante jamás celebrado en la ciudad. Alemania Federal batió en los penaltis a Francia en uno de los encuentros más dramáticos que se recordarían en las series mundiales.

María se había citado con Andrés en el Rosita, un bar de barrio situado entre la prisión provincial Sevilla I y las últimas calles de un barrio de Nervión que iba perdiendo lumbre conforme hocicaba en la Ronda del Tamarguillo. Le gustaba el sitio porque estaba pegado a los muros de una cárcel misteriosa, engullida por la vorágine constructiva de los años sesenta. Los presos estaban tan cerca que veían a las mujeres tender la ropa y pasear en sujetador desde sus troneras enrejadas. El local mantenía convenientemente cubierto el suelo con serrín para que los viejos escupieran a gusto. Allí, María y Andrés se sentían extrañamente cómodos, lejos de cualquier incursión de los capillitas sevillanos de pelo brillante y petrificado que preferían los locales de postín.

En el bar concurría el aviario común de la zona. Solían acoplarse en una esquina donde siempre les incomodaba una máquina expendedora de pistachos caducados. En lo alto, un cuadro de marco dorado con una foto abombada de la plantilla del Sevilla de la temporada 77–78, incluido el famoso gambiano Biri Biri. Gregorio, el dueño, les servía con cierta displicencia, algo que María agradecía porque no era amiga del charloteo baretil *per se*. Respetaban a esos jóvenes que entraban de vez en vez.

—Son raritos, pero mientras no den por culo… —murmuraba a sus clientes cuando ellos no escuchaban.

Bebían cerveza y comían cazón en adobo y cabrillas. Andrés gozaba teniéndola cerca, solo para él, en aquel rincón donde vaciaban vasos de Cruzcampo y cruzaban conversaciones frenéticas. Por encima de sus cabezas, en un amarillento televisor Thomson, comenzó a sonar el himno alemán.

—Me gustaría saber qué chorradas debe decir el himno —soltó María.

—Pues supongo que chorradas, mucha patria y mucho golpe de pecho, ¿no? —respondió Andrés.

—La Marsellesa es hasta cómica si la escuchas con atención —María hablaba perfecto francés—. Al menos, nosotros no tenemos que aguantar los primeros planos de los nuestros moviendo la boca desencajada y soltando saliva a la cámara.

—¿Los nuestros? ¿Cómo? —Andrés no la entendió.

—Los nuestros —dijo con irónica musicalidad—, ese himno español que afortunadamente no tiene letra y así no tenemos que aguantar letras bazofias y primeros planos de jugadores lloriqueando y enseñándonos la caja de dientes.

—Ah… —replicó un Andrés que sabía que había vuelto a quedarse por detrás—, es que los alemanes nunca han dejado de tener ese toquecito ultranacionalista —dijo, queriendo contrarrestar de alguna manera su lentitud anterior.

—¿Por cantar ese himno? —espetó airada—. ¡Pero si los himnos son todos iguales de imbéciles! Vamos, que el americano es un poema de Whitman… Además, creo que la letra franquista del nuestro era del tipo fe, patria y dios. A todos se les pone la misma cara de gilipollas.

Andrés se plegaba porque sabía que ella llevaba razón. Quería disfrutar de su inteligencia y su fogosidad mental sin parecer incapaz de aportar algo también, pero, a veces, solo podía asentir mientras apuraba el vaso y la miraba a los ojos dándola por vencedora.

Corría el minuto 22. Platini dio un pase en diagonal larga hacia Battiston, que acababa de salir al campo dos minutos antes. El francés recibió el balón con dificultad y lo hizo avanzar botando en dirección al área que defendía Schumacher, perseguido por Renoir a dos palmos de su espalda. Delantero y portero corrieron el uno hacia el otro como en una justa medieval con el esférico en medio. El portero alemán llegó medio segundo tarde. Battiston ya había tocado levemente el cuero, escorándolo a su derecha y haciéndolo salir por línea de fondo. Sin gol, quedaba por dirimir el encontronazo ineludible. Schumacher, ya en el aire, giró su cuerpo para recibir el choque contra el jugador francés y adelantó la cadera. Esta impactó contra el hombro y la cabeza de Battiston. El delantero cayó fulminado al césped, inconsciente. El árbitro no pitó absolutamente nada. El estadio y los jugadores franceses clamaron justicia. El portero había huido hacia su portería y jugueteaba frívolo con el balón a la espera de que la camilla retirase a Battiston. Horas más tarde llegaría el parte desde el Hospital de la Macarena: una vértebra rota y dos dientes menos.

La del delantero no sería la única ambulancia de la noche. Decenas de sirenas se sucedieron en una larga madrugada en Sevilla. Franceses y alemanes tomaron la ciudad para celebrar los increíbles veintiocho grados que marcaban los termómetros aquella noche incendiada de julio. De vuelta del bar, nueve botellines más tarde, se colaron en el interior del R–5 de María.

Lo había heredado del padre y se veía obligada a camuflar el olor a viejo con *sprays* baratos de vainilla. Tenía cuatro marchas y un coqueto relojito digital añadido al salpicadero que indicaba con color naranja chillón cuándo el supuesto tacómetro pasaba de las cinco mil vueltas. María jugaba a hacerlo alumbrar forzando el motor por las avenidas, más atenta al marcador que a la conducción. Lo llevaba siempre muy rápido y nunca se lo dejaba llevar a Andrés. Él disfrutaba agarrándose al freno de mano, observando su perfil cincelado mientras un casete de Triana a todo volumen hacía de banda sonora.

Aquella noche, el asunto del himno fue solo uno de los numerosos choques que tuvieron. Como Andrés salía poco airoso de ellos, iba generándose en él una frustración que apenas podía evitar. Los comentarios de ella lamían con cinismo su orgullo. A María, el alcohol la envalentonaba, haciéndola ora zalamera, ora irascible. El efecto de la bebida sobre él consistía en dejarlo más pazguato que desinhibido, por lo que asistía con resignación a los arranques de María.

Después del himno llegarían más escollos para él: si Claudio, un amigo común y algo afeminado, «entendía» y debía salir del armario como un imperativo tal y como defendía ella, apenas sin dejar opción a la posibilidad de que fuera parte de su identidad, o, como apuntaba él, fuera natural y felizmente así de ambiguo. Más tarde sería el tema del concepto sobre el dinero. María vivía siempre por encima de sus posibilidades y casi siempre estaba sin blanca. Se gastaba la asignación de sus padres en bares, libros, música y entradas a cines y teatros. Andrés no le tenía especial respeto al dinero, pero mantenía cierta sensatez en el consumo y procuraba no embalarse demasiado en gastos superfluos. Si quería un elepé, lo buscaba en el mercadillo. Si el último fin de semana del mes había que acudir a litronas en vez de ir de bares, buscaba una placita con los amigos. María, sin embargo, postulaba que mantener control sobre el dinero era dejarse controlar por el timbre oficial del capitalismo. Decía que había que odiarlo y quemarlo sin contemplaciones como señal de repudio a un sistema en el que no creía ni lo más mínimo. Él la miraba y pensaba que podían ocurrir dos cosas en su propio interior: o que la entendía en el fondo del asunto, creyendo que se podían crear posturas menos excesivas; o que realmente estaba plenamente de acuerdo con ella pero sabía que no disponía de la valentía ni el carácter para defenderlo y ponerlo en práctica como ella lo hacía.

María podía estar varios días enteros sin un solo duro. No tomaba café, no bebía cerveza. Leía libros y bebía de los grifos de los baños de la facultad. A él le costaba invitarla en esos días porque oponía cierta resistencia. Intentaba hacerse permeable a su particular modo de ver las cosas, pero sabía que las estructuras mentales de María eran una fortaleza oscura y angulosa.

La noche se precipitó. Las vueltas en coche por la ciudad quedaron marcadas en la cabeza de Andrés como una sucesión borrosa de encontronazos.

Habían superado el punto de inflexión en el que la tensión acumulada se desborda sin remedio y nada podía ya serenar la situación. María hablaba a bocanadas furibundas. Él no pudo esta vez asistir mudo a todo aquello, y también entró a saco. Durante muchos años, aquella discusión obsesionó a Andrés. Intentó recomponer sin éxito el rosario cronológico de tensión e insultos. Solo consiguió retazos. Y acumular culpa e ira sin límites.

En cierto momento, desviando la vista de las calles, María lo miró con desprecio y le dijo que era un tipo mediocre y que se apoyaba en ella para salir de su particular lodazal. Eso fue lo último que oyó de su boca. En un semáforo a dos avenidas de su casa, Andrés salió dando un portazo del Renault. No volvió la vista atrás. Solo escuchó a sus espaldas cómo María se esfumaba de su vida con el chirrido de neumático quemado.

2

Sevilla, 8 de septiembre de 1994

Marcarse un momento para morir resulta tan dramático como uno se lo quiera tomar. Angustioso para algunos, macabro para otros. Nada de esto cuadraba con el propósito de Andrés. Él simplemente marcaba trazos en su mesilla de noche como ritual de prescripción. Un día pensó que hacerlo supondría una relajante y desafectada forma de marcar un fin. Con la misma naturalidad con que una bandera podrida se parte en el instante designado por la propia casuística. Con la misma normalidad con que una roca milenaria cruje y se desvanece risco abajo en una madrugada anónima.

Una marca más. Las hacía sobre la madera de la mesilla de noche, con la llave del trastero, la más puntiaguda del manojo. Marcaba una torpe recta. Cuatro rectas completaban un tosco cuadrado, y una más, en diagonal dentro del cuadrado, cerraba un figura que representaba un cinco. Cada vez que soñaba con María trazaba una línea sobre el paño de la mesita que orejaba su cama. Cada raspadura sobre la madera añadía un guarismo a su colección. Era un mueble feo, de provenzal barato, y las figuras de cinco sueños se alineaban a lo largo y ancho del paño de la mesilla.

Al principio, doce años atrás, Andrés rasgaba palotes de forma aleatoria conforme se levantaba intentando ordenar los fragmentos del sueño de aquella noche. Más tarde decidió usar el patrón de los cuadrados tachados para contabilizar cuántas veces se colaba María en sus sueños. Sabía que había superado con creces las trescientas. Y quedaba la mitad del espacio del lateral de la mesita por cubrir. Andrés no contaba las ocasiones, pero sí se percataba de la cada vez más exigua superficie sin rallar del tablero. Cada cuadrado completo lo aproximaba a un fin incierto que esperaba con la misma resignación que con la que una perra vieja amamanta a su camada. Aceptar a un mueble desaliñado como hito final le parecía una idea tan estúpida como decente. No tenía el más mínimo interés en usar el criterio de vejez para crear una cronología en su vida. Él había elegido su mesilla de noche para temporalizar su devenir. No entendía muy bien por qué, pero se sentía bien concibiéndolo así. Se le hacía mucho más fácil aceptar un principio y un fin, alejado de la

incertidumbre de la humanidad sobre su desaparición de este mundo, sobre el sufrimiento por llegar al punto y final de cada vida, sobre la angustia en la propia idea. La gente pensaba en hijos para poder acabar en un balancín rodeado de nietos. O en viajes por los cinco continentes que después, en la senectud, serían repetidos de manera cansina a gente que odia oír a viejos contar historias desvencijadas. O en escribir un libro y plantar un árbol. Para Andrés, todo eso carecía de sentido. Y su mesilla de noche, tan burda como crucial, era la pizarra donde escribía su propia historia, en serena cuenta atrás. Se despertó al sentir la luz del día en la cara. El sol se colaba a rayitas a través de la persiana. Tenía la boca pastosa. Había dejado de pensar hace mucho que «mezclar bebidas» fuera el origen de sus resacas. Excusas para un desbordamiento de las líneas rojas. Justificaciones estériles. Solo entendía de contenido neto de alcohol, y la madrugada anterior creía recordar que rondaron los doce o trece tragos de lo que fuera que le diesen en su periplo nocturno. Había dejado de sentirse culpable por amanecer intoxicado años atrás. No por indulgencia, sino por indiferencia hacia sí mismo.

Zozobra, un *pub* caduco forrado de felpilla con olor a semen vencido, se había convertido en el último reducto donde solía apurar las noches de travesía de su particular desierto. Comenzaba de manera ortodoxa. Visitaba algunos de los barecillos de caracoles y olivas en barra de San Bernardo, y bebía cerveza con conocidos. Era gente del barrio, en su mayoría parejas entradas en años asegurando a base de botellines poca conversación marital en la cama. También omnipresentes, se sucedían los barrigones con rostros aleatorios arreglando el mundo del fútbol a base de dogmas inapelables, todos sobre una borrasca de humo de ducados rozando sus cabezas. Andrés se sentía a gusto allí porque todos compartían la carga de haber convertido su vida en un vertedero de rutina alcohólica. Y esa carga, cuando es de todos, se atenúa hasta obviarla por completo. De ahí, normalmente acompañado por Julián el Cartero o Núñez, un contratista albino nacido en Guinea Ecuatorial, abandonaban San Bernardo y cruzaban la Ronda de Macarena hacia el Centro. La ronda, con los autobuses de Tussam bramando arriba y abajo, marcaba la frontera entre la zona de control relativo y un micro–mundo de tugurios que los engullía. De ahí hasta las cinco de la madrugada era todo rodar.

Aquella mañana, que empezó como muchas, terminó siendo diferente al resto. Andrés se asomó quejumbroso a la ventana de la cocina. Los cristales, desde hacía unos días, estaban moteados por las primeras lluvias sucias y tímidas de septiembre. Abrió un ala de la ventana y se colaron olores a concreto mojado y a las hojas de plátano de sombra con que habían minado las aceras sevillanas, intentado mitigar los rigores de los veranos hispalenses. El primer café lo engullía en casa si no tenía demasiadas ganas de vomitar, algo infrecuente en él, pero no imposible. El segundo lo pedía abajo, en el bar de Serafín, en la calle Portela, donde también estaba la entrada al hostal

familiar: el Metropol. El negocio ocupaba un inmueble que hacía esquina, no en ángulo recto, ni achaflanado, sino en una caprichosa curva que hacía de las habitaciones una afrenta a la racionalidad de las líneas. Andrés veía en esas estancias, geométricamente descuadradas, un ejercicio de buen gusto. Si por él hubiera sido, habría eliminado por ley tantas intersecciones tan horrendamente perfectas. El acceso a la vivienda de sus padres daba a la calle perpendicular, Bravo Terrón. Así, se escabullía con facilidad del edificio sin ser visto.

La cafetería donde completaba su protocolo matinal tenía un ventanal que encuadraba la entrada de autocares de la estación del Prado, pintada de blanco y albero. Desde su rincón, veía el arco por donde entraban y salían todos los coches con destino a los pueblos de la campiña, a la Sierra Norte y a la costa. En el cristal del bar, una pegatina descolorida con el logotipo de Seiko sin la «o», hacía a Andrés completar la palabra una y otra vez mientras apuraba su café. Detrás de Seik escrutaba los rostros fugaces dentro de los autobuses. Unos dormidos, otros asustados, otros ansiosos. El traqueteo producido por el adoquinado al abandonar la avenida para entrar en la calle de la estación servía de aviso a los más anestesiados, que despegaban las cabezas del cristal, dejando manchas de grasa sobre él y abriendo los ojos para apearse por fin en la capital. Andrés jugaba a adivinar las historias detrás de cada cara. Conforme la cafeína comenzaba a hacer efecto, profundizaba más en sus invenciones sobre las vidas que inyectaba en cada uno de los viajeros. Imaginaba a las señoronas de dos mil pesetas de peluquería en lo alto como furcias desaforadas, y a los trabajadores del campo, arrugados y flacuchos, como lectores empedernidos de ensayos sobre el anarquismo revolucionario. Furgonetas de reparto colmaban los ultramarinos del barrio. Dos yonquis guardacoches marcaban su territorio en la calle. Entre ambos no sacaban ni veinte dientes en total. El barrio latía con ritmo propio por la mañana. El hostal familiar funcionaba. Su vida, no tanto.

Volvió a casa a recoger unas facturas. Estaban bajo un bol con dos melocotones con manchas de estar algo más que maduros. Sonó el timbre de la puerta. Si el timbre del portal ya le era molesto, el de arriba le resultaba una invasión a su espacio personal. Le disgustaba profundamente. Si alguien llegaba a su puerta, es que ya había saltado la primera línea de defensa de su reclusión: alguien ya estaba solo detrás de una lámina de madera y chapa de seis centímetros. Enojado, cogió los papeles de forma que quién hubiese detrás de la puerta entendiese sin grandes esfuerzos que había encontrado al inquilino en posición de salida inminente y apurada.

Era su hermana, Yolanda. Su pelo achicharrado, los enormes pechos recatadamente comprimidos, una falda de corte recto por debajo de las rodillas y su eterna rebeca negra le hacían parecer la sor de una residencia de estudiantes. Hasta él veía su parecido con ella. Ojos huidizos, nariz cejada hacia la izquierda y quijada ancha. Todo en ella era como lo había deseado

para sí misma. Ayudaba, claro está, que su universo tenía menos piezas que mover. Pero nadie podía negar que las cosas le habían salido a pedir de boca.

—Buenos días, Andrés. Te pillo saliendo, ¿no?

—Iba a dejar esto un momento en la oficina y a salir, sí. ¿Qué ocurre? Hace como un año que no vienes por esta casa. Algo vienes a decirme, fijo.

Yolanda nunca iba a ver a su hermano. Quizás porque había sido la casa donde se había criado, quizás por no importunar a un Andrés al que sabía que no le encantaban las visitas sorpresas, prefería mantener el contacto por teléfono con él. Otras veces lo buscaba en la oficina del hostal por las mañanas. Rara vez lo encontraba. Lo cuidaba y quería con la cautela de saber que corría el riesgo de recibir algún gruñido si se le ocurría acercarse demasiado. Era un pacto silencioso donde ambos se sabían indispensablemente queridos, pero donde la cercanía no era bien recibida, mucho menos por el lado de Andrés. A Yolanda no le incomodaba tenerlo cerca en las pocas reuniones familiares que celebraban, pero no podía ocultar el temor a que la acritud que había desarrollado en los últimos años terminara desatando algún desaire inoportuno. Para ella, la frágil e hipócrita armonía de esos cónclaves era crucial para mantener esa unidad que solo ella necesitaba.

Su hermana venía a abrir la tapa de los truenos. Doce años después. Y había preferido hacerlo cara a cara.

—Andrés, anoche alguien llamó a casa.

Pareció por un momento que lo había ensayado y que iba a continuar de inmediato con su guion, pero se frenó de repente. En esos ridículos ojos apenas cabía una lágrima, y en un solo instante, un goterón se precipitó hasta la barbilla. Quedó suspendida ahí. Andrés observó la gota con cara más de ironía rancia que de preocupación.

—Anoche llamaron a tu casa, Yolanda. ¿Quién llamó a tu casa, hija mía —y lo dijo con sorna—, para que te pongas así?

Constató que su hermano no se lo iba a poner fácil, pero no dejó que le afectase y continuó con su mensaje:

—Verás, no sé si es una broma o qué coño, Andrés —jamás solía hablar así. A Andrés se le borró momentáneamente el cinismo en su cara—. Anoche Juan Diego cogió el teléfono sobre las once y media de la noche. Yo estaba en el cuarto de baño. Me dijo desde la salita que alguien preguntaba por ti, con nombres y apellidos.

—Bueno, ¿y qué?

A Andrés se le contrajeron las carnes de la frente y mejillas hacia la nariz. Mantuvo así sus facciones esperando a que Yolanda dijera algo concreto por fin.

—Pues, que… le dijo que tú no vivías en esa casa. Que esa era la casa de tu hermana —parecía costarle seguir.

—¡Joder, Yolanda, se puede saber qué carajo quería el nota ese! —exclamó.

—Me puse al teléfono y me preguntó si era tu hermana. Me asuste muchísimo, porque pensé que te había ocurrido algo. Le pregunté si te pasaba algo y me dijo que no te conocía pero que quería hablar contigo.

—¿De qué? —Y el «qué» sonó como un desafío por hartazgo.

Yolanda se tomó un par de segundos últimos.

—De María Salazar.

Pronunciar su nombre le produjo el alivio suficiente para poder escrutar los ojos de su hermano.

Si doce años hacía desde que a María la habían dado oficialmente por desaparecida, doce también hacía que Yolanda no se había atrevido a pronunciar su nombre delante de su hermano. Sabía que de todos los asuntos posibles ese era el único absolutamente vetado para ella.

A Andrés solo se le movió un poco el labio.

—¡¿Quién era, Yolanda?! —La estaba zarandeando sin tocarla—. ¡¿Quién era?!

—¡No lo sé Andrés, no lo sé! —había desesperanza en su voz.

Se sentía culpable de no haber gestionado mejor la conversación, de haber sido incapaz de sobreponerse al desconcierto que le provocó ese hombre tras el aparato. No había podido lograr que el hombre diese explicación alguna ni sobre qué quería contarle a su hermano sobre María ni sobre su identidad.

—Cuando me dijo que quería hablar contigo sobre María, le pregunté otra vez quién era. Me dijo de nuevo que no os conocíais. Que debía hablarte algo sobre ella. Me preguntó dónde te podía localizar —Andrés la observaba con perplejidad. Elevó el brazo y puso su mano sobre el quicio de la puerta—. Le dije que podía localizarte en el hostal. No le di tu número. No sé por qué, Andrés. Le dije que podía encontrarte en el hostal y le di la dirección. Eso hice. En cuanto le dije el nombre del hostal, colgó. No dijo nada más. Ni adiós. Nada en absoluto.

Andrés no dijo nada durante unos segundos. Yolanda no lo resistió.

—Lo siento, Andrés. Cortó sin más. No pude preguntarle nada más —dijo con voz trémula. Andrés comenzó a asentir levemente—. Además, tuvo que llamar desde una cabina, porque la rellamada daba error —añadió.

—Está bien, está bien —dijo—. Tranquila, tranquilízate. ¿Por qué no me llamaste anoche para decírmelo?

—No me atreví. No sé, Andrés, me quedé muy nerviosa y pensé que no era buena idea… Además, pensé que seguramente no estarías a esa hora en casa aún —Andrés pensó que efectivamente no estaba—. Juan Diego también me recomendó que te lo dijera hoy con más tranquilidad.

«Menuda tranquilidad», pensó su hermano.

—De acuerdo, no te preocupes más —sentía de verás verla así—. Supongo que si realmente quiere hablar conmigo, lo hará. Ya sabe dónde trabajo.

—Sí, sí, eso lo sabe seguro. Otra cosa, Andrés: tenía un acento raro. No de por aquí. Seguro.

— ¿Como cuál? —repitió Andrés.

—No te podría decir de dónde, pero desde luego no era un acento español.

—Vale.

Cerró la puerta tras de sí, puso la mano sobre el hombro de la hermana y le dio la vuelta indicándole con un gesto con la cabeza que salían de allí. La quiso invitar a tomar algo en el bar pero ella rehusó. Los dos sabían que él no quería en realidad tanta calidez. Un ligero gesto de deferencia con ella. Solo eso. Yolanda le dio un repentino beso y se despidió. Temerosa, le preguntó ya con medio cuerpo girado y casi excusándose por la temeridad.

—¿Me dirás algo si tienes noticias?

—Creo que sí —se esforzó por decir.

Y se fueron por caminos opuestos.

3

La condición de hotelero de Andrés era netamente sobrevenida. Un particular cuento de la lechera que sus padres hicieron realidad convirtió a la familia Aguilar en dueños de un negocio tan rentable que permitió a Andrés vivir siempre con un decente desahogo.

Juan Diego Aguilar, su padre, continuó en los años 50 con la tienda de comestibles del abuelo de Andrés. El viejo don Adolfo había regentado su negocio en plena Alameda de Hércules. En 1955, el padre de Andrés se casó con Rosario Medina, su novia desde la pubertad. Juan Diego, apoyado por su padre, decidió vender el comercio del centro para adquirir un local en la nueva ciudad que se empezaba a conformar más allá del Recinto Ferial del Prado de San Sebastián. Don Adolfo, enviudado ya por entonces, ansiaba poder ver nacer a sus nietos en una Sevilla diferente a la de la Alameda, salpicada de putas y reyertas. Así, el joven matrimonio abrió un radiante ultramarinos en la calle Portela, pegada a la estación de autobuses. El local era tan amplio que parte del mismo hacía las veces de vivienda.

Andrés recordaba cómo, con las lluvias fuertes de otoño, el edificio entero desteñía y tintaba la acera de una sangre arcillosa que siempre le dio grima. Incluso algo de miedo. Era como un pirulí de Semana Santa que las estaciones se encargaban de lamer y desgastar. Cada año, imaginaba de joven, el inmueble adelgazaba. ¿Y si se desmoronaba? ¿Y si la erosión del edificio se correspondía al envejecimiento natural de una piel humana?

La tienda de comestibles era un templo de limpieza y orden. Juan Diego y algo menos Rosario la gestionaban con cariño y devoción. Siempre reinaba un olor a «cosas bien hechas», como solía decir Gaitán, un vecino y profesor retirado que regalaba conversación diaria a la pareja. Andrés solía cerrar los ojos para comenzar un ejercicio de concentración olfativa que consistía en intentar diseccionar los olores que percibía en su tienda. Lo hacía a menudo en muchos otros sitios, pero el local de sus padres le obsesionaba. Ese olor le producía seguridad. Los que más impregnaban el comercio eran los saquitos blancos de «Luciflor». Había diferentes marcas de productos de limpieza y siempre había mínimos fallos de cierre, errores en el hermetismo de los contenedores por donde salían disparadas partículas que formaban la base de la identidad olfativa del local. Después estaban las chacinas, las carnes

muertas y procesadas. De todas, era el jamón de York el que más impronta tenía. El corte manual de las grandes barras embutidas en plástico llenaba la estancia de dulzor. Por último, quedaba la fruta, que se aliaba a modo de asamblea en un aroma inconfundible.

El barrio había cambiado mucho. En 1944, la inauguración de la radiante estación, proyectada por el insigne Rodrigo Medina Benjumea, convirtió el barrio en el más grande grifo y sumidero de personas en Sevilla. La proliferación de los autocares en detrimento de la limitación que suponía el escaso trazado ferroviario que llegaba a Plaza de Armas fue clave para inyectar vida al comercio de la zona. El negocio de Juan Diego y Rosario prosperó con rapidez. Había más tiendas como la suya, pero su aplicación y talento para la venta minorista marcaban la diferencia. El ultramarinos se especializó en chacinas de calidad, trayendo a Sevilla por primera vez de forma estable, entre muchas cosas, morcillas de Burgos que llegaban refrigeradas por la Vía de la Plata. Más tarde llegarían vinos y más productos del norte, imposibles de encontrar en ningún lugar de la capital. Pronto comenzaron a frecuentar el negocio personas que habían escuchado las bondades de la tienda de los Aguilar. Abogados del cercano edificio de la Audiencia Provincial, personal de servicio de las casas de bien de la judería y viajeros que se avituallaban de género exclusivo formaban parte de la nueva y distinguida clientela.

Resultó casi inevitable comprar el almacén contiguo en el mismo edificio. Una distribuidora de maquinaria industrial se había mudado y los padres de Andrés, con los buenos resultados contables a su favor, pudieron permitirse hacerse con un local que les permitió poder ser más ambiciosos aún sin desearlo de forma expresa. Con los cambios llegaron más productos y más compradores. Suministraban ya a ciertos comercios minoristas sin renunciar al suyo. La sevillanía respondía a las mil maravillas. Entonces llegaron los niños.

Yolanda nació en 1957. La primogénita de pelo hirsuto de los Aguilar pronto despuntó como una niña avispada y, sobre todo, centrada. Era, por su forma de ser, un calco de su padre. Cinceló para sí un carácter templado y capaz. Conforme fue creciendo, asumía *motu proprio* responsabilidades impensables para su edad. Arrimaba el hombro en la casa y en la tienda, y lo hacía con esa extraña serenidad alegre que parece rodear a las personas que aceptan de buen grado la vida que les toca vivir. Su madre la envidiaba en silencio con el cariño que una madre puede envidiar a una hija.

Rosario distaba mucho de tener esa alegría innata que emanaba de su marido y de su hija. Se había amoldado al patrón de vida impuesto por Juan Diego, al que muchos llamaban Santo Varón. Y lo era. Pero vivir sin separarse un solo minuto con alguien así le hacía tener que confrontarse de continuo con un espejo que le escupía todo aquello que ella nunca podría llegar a ser. Vivía a rebufo de él y, por momentos, se relajaba y lo usaba de trampolín

para su propio crecimiento personal. Pero, en general, tanta bondad y orden provocaban resignación, cuando no rechazo. ¿Por qué no tarareaba como él por cada rincón celebrando la existencia? ¿No eran acaso sus circunstancias tan halagüeñas como las suyas? Vivía con la secreta obsesión de saber que, cuanto más angustia sentía por vivir con holgura al lado de un buen hombre, más se retroalimentaba esa desazón.

Pensaba que su espiritualidad era innata y que la había recibido como legado de don Adolfo, un hombre con una bonhomía sólida como un bloque de escollera. No podía quejarse ni del trato ni de los cuidados que le dispensaba como hombre abnegado que era. Pero todo eso le venía ya de serie. Para evitar una vida marcada por culpabilidades, Rosario, ya desde su pronto noviazgo, intentaba esforzarse para acoplarse a Juan Diego, un gorrión vivaz y benigno. No es que no se enfadase, pero sus arranques eran de metacrilato. Tras ellos se podía ver una intencionalidad que no iba más allá que la de ejercer con más voluntad que ímpetu su papel de cabeza visible en la familia. Carecían de virulencia y duraban lo justo para no extenuar a alguien a quien el papel de duro le sentaba como un disfraz de pollo desplumado.

Quizás su marido no fuera un hombre especialmente profundo. Quizás su conversación era roma y limitada. Pero parecía tan consciente de ello, que todo lo que expresaba rezumaba sentido común. Como si supiera internamente dónde estaba el límite de su intelecto y jamás cruzara fronteras tras las cuales sabía que su juicio podía no sostenerse con garantías. Sopesaba las decisiones sin someterse a exposiciones donde un exceso de verbo pudiera significar vulnerabilidad gratuita. Y lo hacía con pasmosa tranquilidad.

Rosario llevaba una vida tan aséptica como el quirófano en el que la había convertido Juan Diego. Suspiraba al ver pasar a las mujeres camino de la estación, estrenando faldas y maquillaje, y tirando de una maleta hacia algún lugar remoto. El mostrador de la tienda era un muro infranqueable que la separaba de una libertad que se paseaba ante ella día a día. Y la tienda, una jaula de lujo desde donde ver pasar todos y cada uno de los trenes que se le escapaban.

Tres años después de Yolanda llegó Andrés. Y fue todo un bálsamo para ella. Más pronto que tarde, el bebé, con el mismo pelo hirsuto de su hermana pero de hechuras atléticas, demostró un carácter bien distinto al del padre y la hermana. Díscolo como un gato asustado, enseñaba los dientes a la menor disconformidad. Lejos de preocuparle a su madre, esta actitud reaccionaria tan temprana le producía un callado placer. Por fin había entrado en su hogar un elemento distorsionador de ese equilibrio que la entumecía. A Rosario se le dibujaba una sonrisa en la cara cuando a Andrés le daba por enrabietarse y arrojar cosas con infantil desprecio. No quería un hijo desairado, pero sí disfrutaba con la fuerza salvaje de un crío temperamental. Con él, la casa y el negocio de los Aguilar recobraron un nuevo impulso. Fueron años

de bonanza y crecimiento: una red de distribución en toda regla dirigida por el matrimonio sin apenas márgenes para el error.

Juan Diego aguantaba todas las presiones externas con estoicismo ejemplar. Dos o tres veces al año recibían la visita del tío Braulio, hermano mayor del padre de Rosario y procurador en Huelva. Sobre su cabeza no se movía ni una de las cerdas canosas y recias con que parecía estar hecho su casco. Había sido al único al que pudieron sufragarle los estudios superiores, y Braulio lo aprovechó bien. Pero el crecimiento de su carrera profesional era directamente proporcional al de su soberbia. Se le intentaba mantener alejado de las pocas visitas familiares, pero era inevitable que de vez en cuando apareciera con ruido de cuchillos. Visitar a su sobrina detrás de un mostrador de un comercio, por muy bien que fuera el negocio, no era según él un buen futuro para la hija de su hermana. Y la tibieza de Juan Diego era la diana de sus iras. El tío Braulio se había agriado como un vino abandonado en un estante y cuando aparecía por la tienda lo hacía un toro recién salido de chiqueros.

—¿Qué tal van las cosas en tu familia, Juan Diego? —con el «tu» le recordaba su posición de responsabilidad.

—Gracias a Dios, todo marcha bien, don Braulio

—¿Y los niños?

—Andan bien. Yolanda ha pasado una gripe un poco pesada, pero aun así ha trabajo mucho en sus deberes estos días. Y Andresito —que asomaba por la puerta con un tacataca pasado de frenada— ya está pidiendo un balón —respondió con suma amabilidad.

El tío Braulio cambió levemente el gesto y su labio se torció sibilino:

—Me alegro, me alegro. Pero estaba pensando, ¿no crees que los niños deberían tener un poco más de atención? Vosotros siempre atendiendo a la gente y ellos en la trastienda, sin nada que hacer. Quizás podrías contratar a alguna profesora particular que les reforzara su educación, ¿no? Se te están asalvajando así. Un niño no se puede criar entre estanterías metálicas y garrafas de aceite. Juan Diego, que después vienen los «ay, madre mía». Estoy seguro de que Rosario querrá que vuestros hijos tengan un futuro mejor.

Agazapado tras el tono aparentemente neutro, Braulio lanzaba todas sus tropas contra Juan Diego. Rosario escuchaba sin poder intervenir, moviendo inquieta los dedos de los pies en sus sandalias. La última frase venía acompañada de una fugaz mirada a su sobrina, que seguía bloqueada. Era una intromisión inaceptable, una ofensa que provocaba en ella una ofuscación que le hacía subir su ritmo cardíaco.

Braulio esperó unos instantes la respuesta de Juan Diego, relamiéndose ante el envite y su posible respuesta desaforada. Pero todo lo que obtuvo fue un movimiento lateral de Juan Diego hacia la máquina registradora, sobre la que pasó una mopa en un movimiento que reflejaba mecanicidad y sencillez. Simplemente se orilló. Obvió el muro que se le venía encima dando

un ligero paso a la derecha y ampliando la mueca cortés en su rostro mientras se afanaba en limpiar las teclas de la máquina.

Acto seguido, ya pasada la tromba inicial, dijo:

—Don Braulio, ¿querrá usted un poco del Idiazábal que nos acaba de llegar? Espere, que se lo doy a probar.

Braulio no daba crédito. Lo había desarmado como un experto en un arte marcial en el que la energía del ataque directo del oponente se reencauza en su contra. Rosario nunca hablaba con Juan Diego de estos asuntos y nunca supo si él era plenamente consciente de la maldad con que a veces se tropezaban en la vida en forma de Braulios, clientes o gentes anónimas. Podría ser que Juan Diego tuviera una coraza que actuara en forma de enorme colchón que le hiciera inmune a estas agresiones. No se lo atribuía a ningún ejercicio de reflexión vinculante sobre el asunto. Sencillamente, creía que él era inherentemente incapaz de generar conductas belicosas porque ni siquiera sabía advertirlas con nitidez. Rosario creía que formaba parte de una gran mayoría de personas a las que estas situaciones enervaban y herían en lo más íntimo. Y estaba convencida que, de actuar, lo haría sin control alguno sobre gestos y palabras. No sabía si admirar a su marido por su capacidad de generar esa indiferencia casi infantil u odiarlo profundamente por lo mismo. Braulio tomó la cuña de queso con regañás de Sanlúcar La Mayor y se marchó exhalando vapor de anís por las orejas.